



Munich Personal RePEc Archive

**Contradictions of capitalism: A review
for Globalization and Its Discontents by
Joseph Stiglitz**

Fernando Estrada

Universidad Externado de Colombia

2014

Online at <http://mpa.ub.uni-muenchen.de/57140/>

MPRA Paper No. 57140, posted 9. July 2014 15:19 UTC

Antinomias del Capitalismo

Una reseña sobre *El malestar en la globalización* de Joseph Stiglitz
(Taurus, 2002)

Fernando Estrada

El argumento de Eduardo Sarmiento Palacio (*Espectador*, julio 21, 02) merece atención. Después de la crisis del Este de Asia como Corea y Taiwán, una de las medidas inmediatas de los gobiernos fue “la renovación total de los equipos económicos”. Colombia, por el contrario, repite el mismo equipo asesor que nos trajo el modelo exportador fallido y la cartilla recesiva del Banco de la República y los acuerdos con el FMI. Hay que atender el fondo de la crítica que para nuestro caso viene elaborando con bastante documentación empírica el profesor Palacio en su libro sobre: *El modelo propio* (Norma, 2002) Una seria evaluación de los alcances del modelo único sobre la economía del mercado y la suerte de efectos que esta ha tenido sobre Colombia y América Latina a lo largo de los últimos veinte años, las recomendaciones dadas por el Banco Mundial, el Consenso de Washington y el propio Fondo Monetario Internacional.

Sin embargo, una comprensión teórico-empírica que coloque los temas dominantes de la globalización económica en el contexto de un debate más universal tendrá que atender necesariamente al magistral libro de Joseph Stiglitz: *El malestar en la globalización*. Esta obra, intermedia entre la divulgación popular y el manual académico, se constituye en un instrumento de rigor para avanzar sobre una discusión amplia en torno a lo que será el programa de nuestra economía durante el gobierno que comienza el 7 de agosto. El caso comparado de los países asiáticos y la filosofía económica que le sirvió de fondo, cobra una tremenda actualidad. Ambos autores y ambos libros requieren un amplio debate. Veamos.

FRACASO AVICOLA

En 1998, Joseph Stiglitz, profesor de Columbia y Premio Nóbel de Economía, visitó un poblado campesino en Marruecos cuyos ingresos dependían en lo básico de un proyecto comunitario de cría de pollos.

En aquel momento Stiglitz presidía el Banco Mundial, entidad que respaldaba dicha iniciativa. Las cosas marchaban. El gobierno Marroquí proveía a los campesinos los pollitos recién salidos del cascarón. Pero en algún momento, dice Stiglitz, el Fondo Monetario Internacional, organización hermana del Banco Mundial, le aconsejó al gobierno Marroquí que dejara la tarea de distribución de pollos en manos de una compañía privada internacional. Esta empresa, que estuvo de acuerdo en compartir las ganancias con los campesinos, no quiso, sin embargo, garantizar la recuperación de los animales que enfermarán o murieran. Los humildes campesinos se negaron por supuesto a arriesgar sus pocos ahorros. La incipiente incubadora de empresas familiares fracasó. Después de un tiempo cuando Stiglitz volvió a Marruecos, las jaulas de los pollos estaban vacías. Un esfuerzo prometedor para aliviar la pobreza de miles de familias campesinas se había ido al piso.

Lo sucedido con la microempresa de pollos en Marruecos puede extenderse análogamente a la crisis económica en Argentina, tanto como al resto de países de la región; las graves amenazas que se ciernen sobre el Brasil, la paulatina debacle en México y el potencial de turbulencia conflictiva de la política y la economía en Colombia. Una de las principales tesis de Stiglitz en *El malestar en la globalización*, es que todos estos procesos de inestabilidad económica y social resultan interrelacionados. Al promover la privatización a escala mundial y en donde le provoca, el FMI sigue a pie juntillas los dictados del Consenso de Washington, para quienes el desarrollo económico se da en la expansión del capitalismo del libre mercado. El camino al cielo de la prosperidad. Con el apoyo de la Reserva Federal de los Estados Unidos, el FMI presiona a los gobiernos a seguir una política económica de privatización, liberalización y estrangulamiento del gasto interno. En los últimos veinticinco años muchos países adoptaron este patrón de “recomendaciones” mientras dismantelaron hacia adentro las empresas del sector público y se abrían como creyentes al comercio y la inversión internacional. El efecto global: hoy se vive en una aldea interconectada, con un mayor nivel de exportaciones e importaciones, un mayor intercambio comercial, pero con fenomenales distancias entre los países ricos y pobres, mayor hambre y mayor desempleo de la población mundial.

TIERRA PROMETIDA Y DESIERTO

Según la teoría económica clásica la expansión del comercio tendría un impacto inercial sobre el crecimiento y el bienestar de la humanidad. Desde Adam Smith, los economistas estuvieron de

acuerdo en que el comercio era algo bueno porque permitía que los países se especializaran en aquello que mejor producían. Esta “división del trabajo” (en palabras de Smith) daría lugar a una mayor producción, lo que a su vez, aumentaría directamente los ingresos para los gastos ordinarios en comida, salud, educación y demás artículos de consumo. Aunque algunas personas perdieran su trabajo debido a los cambios en la estructura del intercambio económico, los ganadores lograrían tanto como para compensar a los perdedores y todavía les quedaría, un resto. La teoría se funde con el altruismo de los ganadores.

Durante los años setenta y ochenta, cuando países como Corea y Singapur salían de la extrema pobreza, la teoría parecía funcionar cabalmente. La globalización, en términos de Stiglitz, ayudaba a centenares y miles de personas a conseguir mejorar su nivel de vida más allá de lo imaginado. Durante la última década, sin embargo, algo salió mal. Desde 1990 el número de personas que viven con menos de dos dólares al día ha ascendido de cien millones a tres mil millones. El hueco que antes dividía a los países pobres de los ricos se ha convertido en un abismo. Incluso, regiones relativamente prósperas del mundo en vía de desarrollo como el Sudeste de Asia y Europa Oriental, han entrado en depresiones inauditas. “Hoy la globalización no opera a favor de muchos pobres del mundo”, dice Stiglitz. No ayuda a la protección del medio ambiente ni está contribuyendo a estabilizar la economía global.

¿Por qué razón estas antinomias entre la teoría y los hechos? Según Stiglitz, porque los países ricos han raptado la globalización usándola instrumentalmente por medio del FMI, la Organización Mundial del Comercio y otras entidades internacionales, supuestamente encargadas de velar por los intereses económicos de todos los países. “Estas instituciones son aliadas directas de los intereses comerciales y financieros de los países industriales avanzados”, escribe Stiglitz, el efecto neto de sus políticas es “beneficiar a unos pocos a expensas de muchos, los bienes obtenidos a costa de los pobres”. Los gobiernos de los países ricos han empujado a las naciones en vías de desarrollo a abrir sus fronteras comerciales a la importación de tecnología y la privatización bancaria, mientras protegen sus propias empresas textiles y agropecuarias contra los productos económicos de los países pobres. Respaldan la extensión de patentes que garanticen las ganancias de sus imperios farmacéuticos como Pfizer y Merck, mientras privan a los gobiernos africanos de las drogas necesarias para combatir la epidemia del Sida. Los enemigos de la globalización,

acusan a estos países ricos de hipocresía. Y, dice Stiglitz: “Ellos tienen razón”.

Si la avanzada internacional contra el modelo capitalista de la globalización necesitaba un filósofo social de peso, ya lo tiene. Aunque el propio autor repare en las tendencias extremistas del movimiento anti-globalización: “Algunos de los manifestantes se exceden, otros alegan también que las barreras proteccionistas sobre los países en desarrollo terminan creando un mayor caos. Pero pese a estos problemas los pequeños empresarios, estudiantes, ciudadanos comunes y mujeres que participaron en las marchas por las calles de Praga, Seattle, Washington y Génova, han puesto de presente la urgente necesidad de reformar la agenda del mundo desarrollado”. Con pasajes como este, el propio Stiglitz se pone de parte de una creciente heterodoxia que busca definir una línea media entre el Consenso de Washington y el polo radical del movimiento anti-globalización.

ANTINOMIAS DEL CAPITALISMO

Uno de los temas dominantes del trabajo académico de Stiglitz enfatiza que regularmente los mercados no trabajan de manera simplista como se enseña habitualmente en los manuales de economía, en los colegios y las universidades. En absoluto. La mayoría de las veces los mercados presentan una más densa complejidad, llena de asimetrías de información entre compradores y vendedores, a partir de las cuales, los gobiernos con sus políticas económicas tienen que operar (El trabajo de Stiglitz en información asimétrica fue lo que la mereció el Premio Nóbel) Cuando Stiglitz llega a la Casa Blanca en 1993, en calidad de miembro asesor y Consejero Económico durante la Administración Clinton, “vio la oportunidad para forjar una política económica y una filosofía que encontrara la relación entre los gobiernos y los mercados en términos complementarios”. Pero halló todo lo contrario, encontró que casi todas las decisiones que a menudo se llevaban a cabo en estas entidades, dependían más de aspectos ideológicos y políticos que de serios estudios teóricos. El resultado: muchas acciones sobre la economía política que ponían en riesgo la vida de muchos seres humanos en el mundo, se tomaron “a la loca”.

Durante cuatro años, Stiglitz hizo parte del grupo asesor de Clinton hasta llegar a ser presidente del mismo. En 1997, nos cuenta, caminaba a lo largo de la Avenida de Pennsylvania hacia el Banco

Mundial, estableciendo permanentes contrastes y viviendo sus paradojas. El Banco Mundial había sido fundado, como el FMI finalizando la segunda guerra mundial, con el propósito de promover las políticas Keynesianas expansionistas alrededor del mundo, con un enfoque bancario sobre el desarrollo a largo plazo, y teniendo como objetivo de fondo la resolución de las crisis en el corto plazo. Sin embargo, estos principios fundadores se fueron diluyendo con el tiempo en aquello que Stiglitz denomina: el fundamentalismo del libre mercado. El FMI en particular, forzó las políticas generales del Consenso de Washington. Dos entidades creadas con un espíritu altruista sembraban los excesos del poder económico y político privado.

Desde entonces, los países sólo buscan el FMI cuando andan desesperados por dinero; cuando esto sucede, el fondo extiende sus consejos obligatorios para que los gobiernos recorten el gasto público, aumenten los impuestos y privaticen o vendan las empresas y entidades del Estado. Aunque estas reformas ocasionalmente resultan necesarias, Stiglitz sostiene que en el FMI los representantes con frecuencia se olvidan del sufrimiento humano que tales medidas causan. Así como en la guerra la alta tecnología está diseñada para evitar el contacto físico: “dejando caer bombas desde 50.000 pies de altura, lo propio sucede en el manejo de las políticas económicas. Los tecnócratas de la economía moderna, desde lujosos hoteles, imponen las políticas de recorte presupuestal sin la más mínima sensibilidad por quienes padecen sus efectos”. Algo que no sucedería si los economistas conocieran en su sitio las condiciones de la gente.

LA CRISIS DEL ESTE ASIÁTICO

El núcleo duro del debate planteado en *El malestar en la globalización*, lo constituye la evaluación crítica del FMI, su papel en la crisis financiera de los países asiáticos y la moderna transición rusa. La crisis asiática comenzó en julio de 1997 cuando sobrevino la devaluación tailandesa con su impacto en todo el Sudeste de Asia, mientras la región se sumergía en un retroceso social nunca antes visto. Stiglitz sustenta que la causa principal de la devaluación fue la liberalización financiera, recomendada por Washington en los años anteriores.

Por contraste con este caso, países como Singapur y Corea del Sur, apenas sí solicitaron consultas económicas con alguna entidad económica internacional. Mediante la combinación de creación de

mayores fuentes de trabajo, altas tasas de ahorro y una prolífica intervención de los gobiernos, estos países se convirtieron en modelos universalmente admirados de desarrollo. Corea del Sur elevó su producto interno per cápita, de noventa dólares a cuatrocientos cuarenta dólares entre 1950 y 1990. Como parte del modelo asiático de desarrollo, los gobiernos advirtieron a los inversionistas extranjeros (y a los residentes) sobre la movilidad del dinero en y fuera de sus países con entera libertad. Estas restricciones y recomendaciones propias, ayudaron a evitar colapsos repentinos e hicieron que capitales ambiciosos del extranjero no tuvieran libre acceso para cubrir todos los mercados de Asia. Comenzando la década de los noventa el FMI forzaba a los países asiáticos a liberar las medidas restrictivas del movimiento de capitales. Bajo una presión, según Stiglitz, innecesaria de Wall Street. A mediados de la misma década, Corea del Sur, Tailandia y otros países asiáticos, siguieron las recomendaciones de Washington y aflojaron las medidas restrictivas sobre el libre flujo del mercado. El resultado fue una estampida de capitales especulativos, el dinero extranjero comenzó a entrar a raudales y las inversiones corrían con un alto riesgo. Durante algún tiempo, la región parecía crecer más rápido que lo usual. Pero una vez estalló la crisis tailandesa, los inversionistas extranjeros recogieron sus capitales en dinero constante y sonante mientras veían con desparpajo el derrumbe de los mercados financieros.

El FMI generó una peor contracción de las economías al tratar de poner el orden en los países golpeados por la honda recesión, subiendo las tasas de interés y equilibrando los presupuestos para restaurar la confianza de los inversionistas. Estas medidas habían sido diseñadas, recordemos, para crear austeridad entre países derrochadores de América Latina, que fomentaron por aquel entonces, demasiado dinero impreso. La mayoría de países asiáticos, por el contrario, tenía los balances equilibrados e incluso con ganancias, cuando sobrevino la crisis. La política monetaria y fiscal se hizo imperante durante la devaluación y la conflagración fue extendiéndose por toda el área incluyendo a Malasia e Indonesia. El gobierno de Suharto fue obligado desmontar los subsidios para alimentos y combustibles, a fin de ajustarse a las medidas impuestas por el FMI. La turbulencia social y política que se ocasionó terminó por derrumbar al dictador. Mahathir Mohamad, primer ministro malasio, sólo escapó al mismo destino de Suharto, ignorando las recomendaciones del FMI. Pese a la amarga oposición de Washington, introdujo leyes que hicieron difícil a los inversionistas nacionales y

extranjeros sacar su dinero del país. Los resultados: lejos de destruir la economía Malasia tal y como lo habían predicho algunos economistas del libre mercado, el país se pudo recuperar de la crisis más prontamente que sus países vecinos.

EL FIASCO RUSO

El análisis de Stiglitz sobre lo sucedido en Rusia resulta más provocador, detallando cómo el FMI adelantó prestamos precipitados en billones de dólares para “apoyar la terapia de choque” con la que el gobierno de Boris Yeltsin administró el derrumbamiento de la Unión Soviética. La terapia contemplaba la liberación de precios y la venta de las empresas del Estado, con descuentos para los inversionistas privados, procurando, además, mantener una moneda fuerte. Stiglitz sostiene que estas medidas fueron erráticas, y sugiere una revisión atenta de la estadística para seguir el peso de sus razones. Entre 1940 y 1946, durante el período en que los Ejércitos de Hitler perdieron contra Rusia, el total de producción de la Unión Soviética cayó un veinticinco por ciento. Entre 1990 y 1999, la producción rusa estuvo por debajo del cincuenta por ciento. Aunque la economía rusa se ha recuperado en los últimos dos años, el producto interno de Rusia, sigue estando muy por debajo comparándolo con lo sucedido tras la caída del muro de Berlín.

Los índices de pobreza son ahora superiores y la esperanza de vida ha desmejorado (algo inaudito en un país desarrollado), la industria está en manos de excomunistas y mafiosos. Para Stiglitz, el esfuerzo ruso por construir el capitalismo se parece al fallido intento de los bolcheviques por imponer el Socialismo después de noviembre de 1917. Del mismo modo que el caos obligó a Lenin a retirar sus medidas sobre la “Nueva Política Económica”, el dramático deterioro forzado por el cambio en el modelo económico en la era pos-soviética, obligó a los reformadores a echar atrás sus medidas. En 1998 el rublo se devaluó (Pese los préstamos del FMI) y personajes como Yeltsin fueron sustituidos por los antiguos miembros de la K.G.B, uno de ellos: Vladimir Putin.

Las tesis de Stiglitz son contundentemente polémicas en este caso particular. Algunos defensores de la “terapia de choque”, como el economista Andrei Shleifer, consejero del gobierno ruso en la década de los noventa, defienden la medida argumentando que era la única manera de prevenir el resurgimiento del régimen comunista y que los cambios en la vida política no se dieron tal como se esperaban,

“Yeltsin vaciló, permitiendo el retroceso de viejas alianzas conservadoras como la de Víctor Chermomyrdin”. Cuáles sean los aspectos decisivos, lo cierto es que la *terapia de choque* fue un rotundo fracaso. En lo que no parece haber desacuerdos entre los economistas, es que resulta un fatal error la creación de una economía de mercado allí donde no han sido consolidadas las instituciones que hagan posible el funcionamiento del capitalismo. Se requieren leyes de comercio estrictas y un sistema tributario activo. Bajo la dirección de Putin, el gobierno ruso apenas está tratando de construir este tipo de infraestructura, con resultados hasta ahora regulares. Aún más, el FMI reconoce la sabiduría de esta estrategia y parece tener confianza en que con el tiempo allí se consolide una economía moderna.

GRADUALISMO

En los capítulos finales, Stiglitz recomienda el camino de reformas graduales que China y Polonia tomaron para liberalizar sus economías. En Polonia, una de las economías más prósperas y representativas de Europa Oriental durante los últimos años, el gobierno rechazó uno de los acuerdos centrales del Consenso de Washington: la rápida privatización. En lugar de apresurarse a vender las empresas del Estado a los inversionistas extranjeros, los polacos se dedicaron a crear un sistema legal moderno con un mínimo de seguridad social para todos. Sólo entonces, fueron permitiendo a los inversionistas privados escoger las inversiones a su gusto. En China, igual. El gobierno se encargó de administrar las empresas grandes que el Estado poseía, creando nuevas empresas al lado de estas y permitiendo a la gente la generación de las suyas, a veces en asocio con compañías extranjeras. Durante la década de los noventa el GDP de China, creció a una media porcentual del diez por ciento, y su índice de pobreza cayó drásticamente. “El contraste entre lo sucedido en China con lo acontecido en países como Rusia, fracturó la ideología del FMI como nunca antes”, escribe Stiglitz. “Lo cierto es que después de lo que ha pasado, China, recién llegada a la economía del mercado, parecía más sensible a incentivar sus decisiones en materia de economía política que el propio FMI”.

El malestar en la globalización es uno de los trabajos de mejor nivel para trazar la polémica con respecto a las políticas económicas desde los dictados del capitalismo. Su esplendorosa variedad de aspectos de fondo sobre la economía de nuestro tiempo y su riguroso manejo de un lenguaje asequible al lector común, no desmejora el meticuloso

espíritu analítico que le acompaña. Se trata, desde la más elegante tradición de economistas con buen gusto por el uso de la literatura: Keynes, Galbraith, Sen, etcétera, de un delicioso documento popular sobre los temas capitales de la economía contemporánea. Pero quizás, el punto problemático más agudo y que logra mantener sin solución a la vista, sobre el capitalismo global, es si este no ha sobrepasado con creces las propias posibilidades de su regulación y normatividad institucional. La economía globalizada sugiere a estas alturas algunas dificultades para su autodesempeño. Se requieren ajustes de fondo y reformas que orienten el destino mediato e inmediato de las medidas económicas en países con una tradición institucional débil. Ante todo, lo sustenta Stiglitz, se deben reestructurar las instituciones internacionales, a fin de que estas sean más democráticas y responsables. El autor también recomienda mejorar la fiscalización bancaria, modificando las leyes de quiebra internacional, reduciendo la capacidad de decisión del FMI y aumentando la cantidad de ayuda y alivio para la deuda de los países en desarrollo.

Los funcionarios encargados de las políticas económicas de orden nacional e internacional podrán encontrar controvertidas algunas hipótesis de Stiglitz a lo largo de su exposición, pero no la necesidad del cambio. Porque “sin una reforma las repercusiones negativas que han comenzado aumentarán y el rechazo de la globalización capitalista crecerá”. Como lo expresa el mismo Premio Nóbel: “Sería una tragedia para todos, pero más, para los billones de seres humanos que podrían ser beneficiados con su buen manejo”.